

Centro
Cultural
Kirchner

Poesía Ya!

Octubre 2020

Todavía la luz

Francisco Madariaga

POEMAS



Ministerio de Cultura
Argentina

Lágrimas de un mono



Yo quiero cautivar tu desesperación, oh mono
adiós.

Tiemblas tanto en tus islas negras, oh mono
adiós.

En los embarcaderos el color encendido en tus
ojos tiene tanta fe.

Oh mono, retén el equilibrio de tu asombro.

Yo ya tiemblo en tus islas, mono adiós.

Tu odio virginal es idéntico a cuando se cruza
mi alma con el mundo.

El verdadero país



¿Es otra la alegría?

Por las veredas ardientes de pronto me estremezco
de mi armonía en este instante.

¿Qué atentado lúgubre arroja al equilibrio de su
claro destino?

¿Qué mecánica de orden inclemente y perfecto
sonido, qué irrupción metálica de golpe
nos devuelve a la sombra de las canallas
herencias de sol negro?

Tiembla el asilo de la vida.

Virtuoso bebedor del agua del diamante, tiéndete
a bramar contra el enorme globo rojo de la
idea.

Ese tambor de sangre es tu país.

Tembladeras de oro



El dolor ha abierto sus puertas al agua de oro del oro
que arde contra el oro el oro de los ocultos
tembladeras que largan el aire de oro hacia
los rojos destinos pulmonares con el acuerdo de
los fantasmas de oro coronados por los juncos de oro
bebiendo los caballos de oro los troperos de oro
envueltos en los ponchos de oro -a veces negro
a veces colorado celeste verde- y el caballero que repasa
las lagunas de los oros naturalmente populares
el que se embarca en las balsas de oro con todos
los excesos de pasajeros de oro que manejan los
caballos de oro con los rebenques de oro bebiendo
en la limetilla de oro del barro de oro de los sueños
de los frescos del oro entre la majestad de las
palmeras de oro y de los ajusticiados y degollados
en las isletas de oro bajo de yacarés de oro
del oro del amor.

In memoriam Alfredo Martínez Howard

Puente Florencia



I

Todo se olvida.

El rumor es un puente.

El color es un puente.

La mirada de un ciervo que olfatea un
tesoro,

es un puente,

y vuela con el ave que se aleja del
invierno natal.

Vuelan todos los puentes.

Las comunicaciones estallan en fuego y
transparencia.

Sólo nos queda el puente del olor del
infinito,

la pasarela para el tigre de los sueños.

II

Ya se aproxima el viejo invierno
con su canción de baja zona;
el horizonte eleva un puente
con el terror de una paloma.

En el estero hay una brisa
con una garza que reposa
sobre la escarcha de una selva
que al agua entra y se desfonda.

Tiene el sonido una esperanza
de libertad, y un fuego de oro.
Olor a ciervos que olfatean
entre las pajas un tesoro.

A Oscar Portela y Florencia Madariaga

Llegada de un jaguar a la tranquera



Desciende, agua criolla.
Paraje, descende, ¡pero muy bien montado!,
con apero del oro de las guerras
y los rodeos en llanuras gateadas.

Espartillo, áspera y delicada cabellera del
terror correntino,
canta una canción de hada de llanura.

Desciende, palmeral del borde del estero,
para beber la luminaria caída de la tormenta
de la raza.

Entrégate, oh el antiguo, ex guerrero, ahora
cuatrero, vengador de la estancia delicada,
solitaria en el llano del llanto,
llano del aguacero,
y pon tu estribo de oro y de reserva
para bajar a beber miel y estero:
Que ha llegado un jaguar a la tranquera.

a Gaspar Madariaga y Matilde de Horne

Criollo del universo



El blanco océano gira en mi corazón
mientras canta el otro océano de plata amarilla,
que se desprende de las aguas del sol.

Ya es muy tarde para ser sólo de una provincia,
y muy temprano para pertenecer,
todo,
al planeta del venidero y sangrante
resplandor.

Oh, acude a mí, a mi jerarquía de peón del planeta,
gaucho con trenzas de sangre,
mi padre,
y ensíllame el mejor caballo ruano del universo:
para atravesar el agua de oro de la muerte,
y escucharme,
todo,
siempre en ti.

El blanco océano solloza por la inmortalidad.

Viaje estival con Lucio



-Aquí ya empiezan a haber caballos-
me decía.

Y el viento del nordeste comenzaba a ser verde
entre los colores del agua de la infancia.

Estábamos ya muy lejos de los bronces, los
mármoles y los floreros pintados “al gusto de
la familia” en los cementerios municipales.

Todo aquello quedaba atrás, y el sueño del viejo
tren casi fluvial nos envolvía.

Mi pequeño hijo de siete años y yo teníamos en
las manos las ramas de las estrellas y
el resplandor lentísimo de los ríos rosados,
donde sangraba el sol de los caballos, las
vaquerías y las antiguas guerras.

Era el primer viaje solos en el tren marrón que
no quiere morir.

Un palmar sin orillas



El muerto en la campaña del otoño
ha vuelto a florecer en mi
memoria.

Ha vuelto el rostro contra huellas,
y ha arrancado la raíz del maíz terrestre
y celestial,
crecido en los parajes de sangre y
caballadas.

Para nada ni a nadie reconozco en mi
memoria
un poder mayor que el agua del País de la
Garza Real,
o sólo tal vez al color del padre muerto
que vuelve a reclamar su derecho a un palmar
sin orillas,
internándose en un desaparecido mar.

Centro
Cultural
Kirchner



Ministerio de Cultura
Argentina